

quería llamar a elecciones toda vez que pudiera asegurarse el resultado pretendido. Cuando el grupo de Uriburu perdió su prestigio y fue obligado a renunciar, la elección obvia para la presidencia recayó sobre Justo. Este se enfrentó con un problema grave para legitimar su régimen a través de la vía electoral: los radicales todavía seguían siendo el partido mayoritario<sup>29</sup>. Pudo triunfar en las elecciones presidenciales de 1931 gracias a que el gobierno provocó la abstención de los radicales y utilizó el fraude. Sin embargo, una vez elegido, Justo tenía que gobernar.

La cuestión que se le planteaba a Justo era cómo dar al país una apariencia de democracia cuando todos sabían que el gobierno no representaba a la mayoría del electorado. La situación se complicó aún más debido a la postura del Ejército, que no quería jugar un rol activo en el gobierno civil: tampoco lo quería Justo<sup>30</sup>. El uso del fraude electoral tampoco aseguró a los neoconservadores el control político absoluto, debido a que ellos también estaban muy divididos. Los neoconservadores nunca pudieron controlar con firmeza la Cámara de Diputados, de modo que el gobierno se veía obligado a transitar por la cuerda floja o bien ignorar totalmente al cuerpo legislativo<sup>31</sup>.

El gobierno de Justo y sus dos sucesores representaron un ejemplo más del viejo estilo político de las oligarquías terratenientes en un país que estaba cambiando rápidamente y frente al cual los grupos neoconservadores quedaban en situación bastante incierta. En los años previos al retorno de los radicales al proceso electoral (1936), los socialistas constituyeron una fuerza clave en el Congreso. En problemas poco controvertidos y que gozaban del apoyo de la opinión pública, los neoconservadores hacían concesiones a los socialistas. El quid pro quo tácito, pero asumido, era que la oposición socialista continuaría cooperando en tanto aceptara la legitimidad del régimen. Esto tuvo gran importancia para el movimiento obrero y ayudó a los gremios a crecer con orientaciones políticas definidas. Otro factor que favoreció a los sindicatos fue que este gobierno, endeble desde el punto de vista político, no podía tolerar el descontento obrero. Se había aprendido una lección en los años del radicalismo: el orden podía mantenerse en más de una manera. La represión de los trabajadores no era siempre el procedimiento más fácil; a menudo era mejor obligar a la patronal a realizar conce-

*The Army and Politics in Argentina, 1928-1945: Yngoyen to Perón*. Stanford, California, 1969, págs. 42-65.

<sup>29</sup> A pesar de haber perdido las elecciones antes del golpe, los radicales volvieron a triunfar debido al descrédito del gobierno de Uriburu. Los radicales obtuvieron la mayor cantidad de los votos en las elecciones para gobernador de la provincia de Buenos Aires a mediados de 1931.

<sup>30</sup> Sin embargo, el Ejército tenía miedo del posible retorno de los radicales y las represalias que esto pudiese traer. POTASH, op. cit., págs. 89-96.

<sup>31</sup> Para la representación partidaria en la Cámara de Diputados, véase CAMARA DE DIPUTADOS, División Archivo, Publicación y Museo: *Composición de la Cámara de Diputados de la Nación: por partidos políticos y distritos electorales*, Buenos Aires, 1956, págs. 30-41. En 1937 el Congreso sólo sancionó tres decretos, dos de los cuales autorizaban al presidente a irse de vacaciones. Ysabel F. RENNIE: *The Argentine Republic*, Nueva York, 1945, pág. 262. Comentarios sobre el deterioro de la Legislatura pueden verse en ALBERTO CIRIA, *Parties and Power in Modern Argentina* (traducido por Carlos A. Astiz), Albany, 1974, págs. 112-18; MARIO JUSTO LOPEZ: "Foder legislativo", en *Argentina 1930-1960*, Buenos Aires, 1961, págs. 108-12.

siones. Después de todo, los empresarios industriales no tenían participación significativa en la coalición sociopolítica en el gobierno.

En la orientación política del movimiento sindical no se produjeron cambios relevantes durante el régimen de Uriburu. Sin embargo, las demandas de la tendencia sindicalista, en general, no fueron escuchadas. El proceso continúa en esos términos durante la presidencia de Justo, creándole serios problemas a los sindicalistas. Los neoconservadores fueron, en rigor, indiferentes al movimiento obrero y cuando el gobierno deseaba hacer contacto con los trabajadores, le resultaba más útil recurrir a los socialistas que a los sindicalistas. En los años '30 la actitud del gobierno hacia los sindicatos adquirió extrema importancia debido a las propias debilidades de las organizaciones obreras. Periódicamente, los trabajadores se veían sometidos a periodos de alto desempleo, lo cual hacía difícil la organización, amén de la violenta oposición de muchos patrones que se rehusaban a negociar<sup>32</sup>.

Había ciertas áreas a donde convergían los intereses del gobierno y de la clase obrera. Los neoconservadores querían una oposición política dentro del sistema y además querían tranquilidad, en tanto que los sindicatos bregaban por mejorar las condiciones de sus asociados. Para aunar estos intereses, el movimiento obrero debía enfrentarse al gobierno de modo tal de obtener una respuesta positiva, pero debía frenarse antes de que la amenaza desencadenara una acción represiva.

Para los sindicalistas no existían ventajas especiales ya que el enfrentamiento de la clase obrera con el gobierno podía tener lugar de dos formas básicas: la huelga o la presión política. El gobierno tenía tres opciones para responder a las huelgas: 1) ignorarlas e invocar procedimientos normales de policía; 2) la represión y 3) obligar a la patronal a realizar concesiones. Los sindicatos debían primero atraer la atención del gobierno y entonces la acción del Estado estaría determinada por una serie de factores, incluyendo la situación política del momento, el tipo de gremio, la industria afectada y la magnitud de la protesta. A pesar de todo, el gobierno nunca indicó con claridad cuáles eran las bases en que fundaba sus decisiones.

Ninguna organización obrera tenía fuerza suficiente para empujar al gobierno hacia una acción positiva. Tal vez podía lograrse en aquellas industrias donde las huelgas resultaran sumamente graves o donde fuesen particularmente visibles. Por ejemplo, la Federación de Obreros y Empleados Telefónicos fue a la huelga en mayo de 1932 para contrarrestar los esfuerzos de la empresa telefónica, controlada por la ITT (International Telephone and Telegraph), por destruir al gremio. Como sólo un reducido porcentaje de trabajadores se unió a la acción (entre el 16 y el 20 %), el sabotaje fue la principal arma utilizada por los huelguistas. Se interceptaron las comunicaciones entre la Capital Federal y los suburbios e incluso se llegó a cortar las líneas de la Casa Rosada y de Campo de Mayo. La reacción del gobierno

<sup>32</sup> Las estadísticas de desempleo para este período no son muy confiables. Durante los años 1929-1935 y nuevamente en 1937-1938 y 1939-1940 hubo altas tasas de desempleo. La subocupación fue tal vez el problema más grave. Muchos obreros percibían salarios muy por debajo del nivel de sobrevivencia. Véase los caps. II y III de HOROWITZ, op. cit.

no fue una simple represión sino que mostró algún grado de tolerancia, y más tarde, después de 52 días de huelga, los más altos niveles del gobierno intervinieron activamente. Por último, el gobierno empujó a la empresa a llegar a una solución en el término de 48 horas<sup>33</sup>.

Esta conducta puede atribuirse a una serie de factores. La compañía de teléfonos gozaba de muy poco crédito en la opinión pública debido a problemas de su servicio, agravados porque se trataba de una empresa norteamericana que controlaba un medio vital de comunicación. Además, el momento era muy oportuno: era la primera huelga importante después del régimen de Uriburu y el gobierno quería hacer saber al movimiento obrero que no sería tan represivo como su predecesor inmediato. Finalmente, Justo enfrentó durante la huelga una amenaza de la derecha y recibió el apoyo de los grupos de centro-izquierda que favorecían a los trabajadores<sup>34</sup>. Es importante destacar que la huelga duró mucho tiempo y que el gremio ejerció una gran presión a fin de provocar la intervención efectiva del gobierno a su favor. A pesar del éxito en 1932, los telefónicos nunca se sintieron con fuerzas suficientes para convocar a otra huelga en todo el período neoconservador, a pesar de que se presentaban problemas graves con la patronal<sup>35</sup>.

La huelga de los telefónicos no fue un ejemplo aislado del éxito que podía obtenerse presionando al gobierno. En 1939-1940 las autoridades de la provincia de Buenos Aires y de la Capital Federal se hallaban abocadas al establecimiento de una serie de contratos colectivos en la industria textil. Esto se hizo, en parte, para evitar el caos en una industria de rápida expansión, pero es probable también que la rivalidad entre las dos jurisdicciones políticas haya estimulado al gobierno a acceder a las demandas gremiales<sup>36</sup>.

El poder de negociación de los trabajadores con figuras claves del gobierno ya no existía, exceptuando un gremio: el de los ferroviarios. Los neoconservadores sólo tenían un interés limitado por atraerse votos, pero

al igual que sus predecesores, no podían permitirse problemas con los ferrocarriles<sup>37</sup>.

De todos modos, cuando el gobierno se sentía amenazado por una huelga o veía que sus intereses estarían mejor preservados reprimiendo, recurría al uso de la fuerza. En la misma época de la huelga de los telefónicos, en la que finalmente se favoreció a los trabajadores, el gobierno estaba aplastando las huelgas organizadas por los anarquistas entre panaderos y transportistas y hasta declaró ilegales a los gremios anarquistas<sup>38</sup>. Una táctica más corriente era simplemente mandar la policía a los huelguistas, haciendo difícil o casi imposible la continuación de la huelga. Muchos paros, especialmente los menos importantes, fueron virtualmente ignorados por el gobierno y sólo se enteraba la policía que, por supuesto, actuaba en favor de la patronal. Aun cuando el Departamento Nacional del Trabajo demostrara algún interés por el caso, no tenía poder para defender la posición obrera<sup>39</sup>.

Es evidente, pues, que recurrir a las huelgas para presionar al gobierno no era un modo confiable de obtener apoyo. Era una táctica que producía resultados impredecibles y los triunfos a menudo eran efímeros, ya que las concesiones que se obtenían por presión del gobierno no eran luego acatadas por la patronal<sup>40</sup>.

La respuesta favorable a las reivindicaciones obreras podía lograrse de otro modo: por medio de la presión política. Especialmente durante el período anterior al retorno de los radicales a la política electoral, las demandas de los socialistas debían ser tomadas en cuenta. Los socialistas ayudaban a legitimar al régimen y lo apoyaban en contra de las amenazas de la derecha. Los neoconservadores se mostraban dispuestos, en consecuencia, a hacer concesiones en cuestiones menores pero que para los socialistas poseían importancia.

Los dirigentes de la Federación de Empleados de Comercio aprovecharon esta oportunidad, explotando la índole particular del gremio que estaban organizando. Esta Federación trataba de representar a un amplio sector de empleados de servicios de la ciudad de Buenos Aires, pero sus asociados eran en su mayoría empleados de tienda, que se consideraban a sí mismos

<sup>33</sup> Una descripción general de la huelga se publicó en *La Nación*, 24 de mayo al 14 de julio de 1932; *La Vanguardia*, 24 de mayo al 14 de julio de 1932; *Review of the River Plate*, 27 de mayo al 22 de julio de 1932. Número de huelguistas, en Embajada de los Estados Unidos de América en Buenos Aires al secretario de Estado, 10 de junio de 1932. National Archives Record Group 59, File N° 835.504/78, pag. 9; Entrevistas con Luis F. Gay, Buenos Aires, 10 de diciembre de 1975 y 17 de febrero de 1976. Para la destrucción de cables consúltese *Review of the River Plate*, 3 de junio de 1932, pag. 7, y 10 de junio de 1932, pag. 9. Entrevista con Luis F. Gay, Buenos Aires, 11 de noviembre de 1975. Luis F. GAY, IDTPHO, pag. 17; FEDERACION DE OBREROS Y EMPLEADOS TELEFONICOS, op. cit., pag. 17. La presión del gobierno sobre la empresa puede verse en Embajada de los Estados Unidos de América en Buenos Aires al secretariado de Estado, 15 de julio de 1932. National Archives Record Group N° 59, File N° 835.75/13, págs. 1-2.

<sup>34</sup> HOROWITZ, op. cit., págs. 358-361.

<sup>35</sup> Véase por ejemplo, *Federación*, marzo de 1936 a abril de 1937, diciembre de 1937/enero de 1938-1939, especialmente febrero y agosto de 1939. *La Vanguardia*, julio a setiembre de 1939.

<sup>36</sup> UNION OBRERA TEXTIL: *Memoria y balance correspondiente al año 1939*, Buenos Aires, 1940; *El Obrero Textil*, junio de 1939 a junio de 1940; *La Vanguardia*, junio de 1939 a junio de 1940; Jorge Michellón, Entrevista realizada por Juan Carlos Torre, II, págs. 12-15. Ricardo GAUDIO y Jorge PILONE: *Estado y relaciones obrero-patronales en los orígenes de la negociación colectiva en Argentina*, Centro de Estudios de Estado y Sociedad, Estudios Sociales, N° 5, Buenos Aires, 1976.

<sup>37</sup> El gobierno protegió los intereses básicos de los gremios ferroviarios con un arbitraje presidencial en 1934. Los trabajadores debieron hacer concesiones importantes pero se los protegió contra los despidos y la reducción permanente de los sueldos. Véase las declaraciones de los gremios y de las empresas en *La Prensa*, 26 de setiembre de 1934. La sentencia puede verse en *El Obrero Ferroviario*, 1° de noviembre de 1934. Otros sindicatos se reunían regularmente con el Departamento Nacional del Trabajo, pero éste a menudo no podía hacer nada. Las reuniones con otros funcionarios eran en general de ceremonial.

<sup>38</sup> *La Prensa*, 1° al 7 de julio de 1932; *La Nación*, 1° al 7 de julio de 1932.

<sup>39</sup> Ejemplos del uso de la acción policial pueden consultarse en Comité de Huelga de la Casa Gratty, *Informe y balance*, Buenos Aires, 1936; *El Obrero Textil*, octubre de 1936 para la huelga en Gratty. Otro ejemplo es la huelga de Gerino, *La Vanguardia*, 25 de julio al 3 de setiembre de 1935. Con respecto a la ineficacia del Departamento Nacional del Trabajo, véase *La Nación*, 14 al 16, 19 y 24 de junio de 1932; *La Vanguardia*, 14, 15 y 19 de junio de 1932.

<sup>40</sup> Para los problemas que continuamente afectaron a Narciso Muñoz véase, por ejemplo, *La Vanguardia*, 23 de febrero al 6 de abril de 1933; *El Obrero Textil*, abril de 1933, 1° de mayo de 1934, 22 quincena de mayo de 1940; *Federación*, abril de 1933; *El Obrero Ferroviario*, 16 de abril de 1933.

como pertenecientes a la clase media y se resistían a la huelga. No obstante, las condiciones eran muy malas en muchas tiendas y se deterioraban en otras a medida que la crisis aumentaba la competencia.

La organización presentaba ciertas ventajas. Si bien en 1932 la Federación estaba compuesta por un puñado de militantes socialistas, sus potenciales asociados eran muy numerosos<sup>41</sup>. Por la idiosincrasia de clase media de sus asociados, el gremio tenía un grado de formalidad y de impacto político que de otro modo no hubiese tenido. Además, los dirigentes gremiales se dieron cuenta de que era imposible mejorar las condiciones empresa por empresa en una actividad tan competitiva. Lo que se necesitaba eran leyes que impusieran condiciones de trabajo mínimas y que pudiesen implantarse con facilidad; así se aumentaría el número de asociados y el gremio obtendría los medios para protegerlos. Los dirigentes también advirtieron que una reforma de las leyes laborales sólo podía conseguirse por medio de una movilización política masiva que se extendiese más allá de su base en el Partido Socialista.

La campaña de reforma de las leyes laborales para los empleados de comercio dependía de dicho partido, que proporcionaba a muchos de los oradores que viajaban por todo el país, así como a los diputados que se encargarían de introducir las medidas en el Congreso. Aunque los socialistas estaban haciendo todo lo necesario e incluso extendiendo su acción más allá del gremio, no tenían la fuerza suficiente para lograr un éxito legislativo. Es por eso que, en 1932, la Federación de Empleados de Comercio formó una alianza con otros gremios y organizó una confederación nacional de empleados de comercio para coordinar la propaganda. Con estos medios obtuvo una victoria política excepcional, que involucró a miembros de todos los partidos en un movimiento prolaboral. Los políticos participaron en una serie de campañas y manifestaciones muy bien orquestadas; se utilizó todo tipo de estrategias para demostrar el apoyo de la opinión pública a esas medidas y la propaganda tuvo un éxito sensacional. Entre 1932 y 1935 todas las reformas exigidas, es decir, horario obligatorio para cerrar los comercios, sábado inglés y cambios en el código de comercio para establecer la indemnización por despido y las vacaciones pagas, fueron sancionadas por ley. La agitación política había llegado a niveles desconocidos en la Argentina, pero sólo tuvo éxito gracias a que las reformas no amenazaban destruir los privilegios consagrados de la élite gobernante<sup>42</sup>.

El éxito legislativo dio impulso a la Federación de Empleados de Comercio. Sus asociados, que en 1932 sumaban 820, pasaron a un total de 18.489 en 1936, en tanto la confederación nacional contaba con 45.000 en 1942. Este gremio constituyó una fuerza importante en las grandes tien-

<sup>41</sup> Para la historia del sindicato véase HOROWITZ, op. cit. Número de asociados de la Liga Patriótica: "Sindicatos obreros de la Capital Federal" (setiembre de 1932), incluido en Embajada de los Estados Unidos de América en Buenos Aires al Secretario de Estado, 13 de octubre de 1932, National Archives Record Group 59, File N° 835.00B/69. La fuente original es muy probablemente la policía.

<sup>42</sup> HOROWITZ, op. cit., págs. 225-37. Algunas de las leyes sólo se aplicaban a la Capital Federal. La gran expansión de los sindicatos en los años '30 no constituyó una amenaza directa a la élite.

das de la Capital Federal<sup>43</sup>. Sin embargo, a pesar del creciente poder de la organización, siguió dependiendo del apoyo del Partido Socialista. Por ello, no logró hacer pasar una ley de jubilación similar a la existente entre otros sectores privilegiados de la clase obrera, debido parcialmente al declinante poder de los socialistas en el Congreso después de 1936<sup>44</sup>.

Otros gremios trataron de seguir los pasos de la Federación de Empleados de Comercio, pero no pudieron hacerlo en la misma medida. El Partido Socialista no encaró iniciativas como para extender estas victorias a otros sectores y las demás organizaciones obreras no tenían dirigentes tan hábiles ni la actitud respetable de los empleados de comercio. No obstante, algunos gremios pudieron sacar provecho del proceso político y del papel que jugaron los socialistas. La Unión de Obreros Municipales, organización que representaba a los trabajadores de la Municipalidad de Buenos Aires, construida sobre tradiciones iniciadas antes de 1930, buscó la colaboración de los socialistas en el Concejo Deliberante para obtener mejores condiciones para los trabajadores, tales como botas de goma impermeables y ratificación del sábado inglés. El Concejo Deliberante se hizo eco de las protestas. Tanto éxito tuvo el sindicato en la sanción de estas medidas que logró un lugar destacado frente a otros gremios, los cuales deseaban granjearse el apoyo de los obreros municipales<sup>45</sup>. El retorno de los radicales a la política electoral les planteó los mismos problemas que para los empleados de comercio, si bien a una escala mucho menor. Los socialistas habían sido de lejos el partido más numeroso en el Concejo Deliberante, pero en 1938 los radicales les arrebataron dicha preeminencia<sup>46</sup>. Los radicales no tenían ningún interés en ayudar a una organización comandada por sus principales rivales políticos en la Capital Federal, existiendo además otros grupos que podían recibir ayuda. Un factor compensador fue que la Unión de Obreros Municipales se había incorporado al sistema político municipal y por lo tanto negociaba directamente con la rama ejecutiva de la Intendencia en muchos problemas. En otras palabras, hasta cierto punto contaba con el apoyo de los neocon-

<sup>43</sup> DEPARTAMENTO NACIONAL DEL TRABAJO: *Boletín Informativo*, setiembre-octubre de 1936, pág. 4736. PAN AMERICAN UNION, Division of Labor and Social Information: *Labor Trends and Social Welfare in Latin America, 1941 and 1942*, Washington, 1943, pág. 5. En 1942 el premio pudo firmar un acuerdo con la Cámara de Grandes Tiendas y Anexos: véase CGT, 24 de abril de 1942; *La Vencerada*, 21 de abril de 1942.

<sup>44</sup> También intervinieron otros factores, tales como un mayor fraude electoral, lo cual produce en el gobierno un menor interés por la opinión pública y el deterioro progresivo del Congreso. También fue importante darse cuenta de que las anteriores reformas habían tenido consecuencias más amplias que las pretendidas. Una descripción de la campaña puede consultarse en FEDERACION DE EMPLEADOS DE COMERCIO, *Memoria de la Comisión Directiva del 1º de agosto de 1938 al 31 de julio de 1939*, Buenos Aires, 1939, págs. 10-11, y *Memoria de la Comisión Directiva del 1º de agosto de 1939 al 31 de julio de 1940* (Buenos Aires, 1941), págs. 9-12.

<sup>45</sup> La Unión Obreros Municipales ganó las elecciones de la Caja de Jubilaciones en 1930, 1932 y 1934. Las actividades del Concejo Deliberante pueden consultarse, por ejemplo en Concejo Deliberante de la Ciudad de Buenos Aires, *Actas del H. Concejo Deliberante*, III, 23 de setiembre de 1932, págs. 2.994-95; I, 5 de mayo de 1933, pág. 516; II, 10 de setiembre de 1932, pág. 1.669.

<sup>46</sup> Los radicales perdieron terreno en 1940, pero siguieron siendo el partido más numeroso en el Concejo Deliberante.

servadores. A pesar de ser cuestionada, la Unión de Obreros Municipales siguió siendo el gremio más numeroso de obreros municipales<sup>47</sup>.

Estos dos gremios fueron los que más se beneficiaron con el apoyo de los legisladores socialistas, aunque otras organizaciones también recibieron ayuda. Por ejemplo, entre 1932 y 1943 se debió revisar varias veces el estatuto de jubilación de los ferroviarios por falta de fondos. La posición de los gremios ferroviarios fue apoyada activamente por el Partido Socialista<sup>48</sup>. Los diputados utilizaban al Congreso para presionar al Poder Ejecutivo con el fin de que asumiera una actitud más favorable con respecto a los sindicatos. Se trataba en general de gestos simbólicos, pero que de algún modo reflejaban los deseos reales de los socialistas y el Poder Ejecutivo trataba de conformar al partido. También se podía contar con que los socialistas trataban de moderar (en general sin éxito) el uso de la fuerza policial durante las huelgas, coordinando una serie de apelaciones en la Cámara<sup>49</sup>.

El Partido Socialista podía cooperar de muchas pequeñas maneras con la actividad sindical. Su diario, *La Vanguardia*, traía muchas noticias sobre el movimiento obrero y en sus talleres se imprimía gran parte de la propaganda gremial. A los gremios menores se les facilitaban lugares de reunión para la sede y también la colaboración de oradores políticos notorios.

Después de 1936 decayó la capacidad de ayuda de los socialistas a los sindicatos; lo que no se debió únicamente a la influencia cada vez menor del partido. Después del acceso a la presidencia de Roberto M. Ortiz, en las elecciones fraudulentas de 1938, éste trató de llevar al país nuevamente a elecciones limpias. No por eso iba a renunciar al poder, sino que para fortalecer su posición, trató de crear un movimiento obrero que le fuera favorable. Ortiz intentó revertir el crecimiento de los socialistas en los sindicatos, con la destrucción de su poder en la agrupación obrera dominante del país, es decir, la Unión Ferroviaria. Para ello, apoyó un movimiento disidente de los sindicalistas, quienes formaron un gremio paralelo: la Federación de Obreros y Empleados Ferroviarios. Los ferroviarios representaban un gran volumen de votos y el dominio que tenían los socialistas sobre la Unión Ferroviaria y a través de ésta sobre la Confederación General del Trabajo, constituía una amenaza potencial que dicha influencia pudiera extenderse más allá de la Capital Federal. En última instancia, sin embargo, Ortiz prefirió aceptar el dominio socialista en la Unión Ferroviaria antes que el caos que sus propios actos habían producido<sup>50</sup>. La breve presidencia de Ortiz

<sup>47</sup> La Unión Obreros Municipales perdió las elecciones de la Casa de Jubilaciones de 1936-1942 frente a una organización fantasma que no hizo más que participar en las elecciones y que con toda probabilidad estaba apoyada por los radicales. HOROWITZ, op. cit., págs. 231-22. El gremio de obreros municipales socialistas siguió siendo la mayor organización de su tipo. DEPARTAMENTO NACIONAL DEL TRABAJO: *Boletín Informativo*, set. oct., 1936, págs. 53-54; DEPARTAMENTO NACIONAL DEL TRABAJO, División de Estadística: *Organización Sindical*, Buenos Aires, 1941, págs. 6-10.

<sup>48</sup> Véase, por ejemplo, *La Vanguardia*, setiembre-octubre de 1932.

<sup>49</sup> Véase ejemplos en CAMARA DE DEPUTADOS: *Diario de Sesiones*, 1932, 16 de agosto de 1932, págs. 120-23; VI 3 de abril de 1941, págs. 352-53; 14 de abril de 1941, págs. 389-400.

<sup>50</sup> HOROWITZ, op. cit., págs. 389-400.

marcó un retorno frustrado al concepto de sindicatos que había tenido la Unión Cívica Radical.

Entre lo anterior y el cierre de este sistema político con Ramón Castillo existe un marcado contraste. La influencia del Partido Socialista siguió declinando, debido a que en los últimos años del periodo neoconservador el Congreso perdió importancia, a medida que el poder fue concentrándose en el Ejecutivo. Las restricciones políticas limitaron el impacto de los socialistas, especialmente después de la declaración del estado de sitio en diciembre de 1941. Igualmente los afectó la supresión del Concejo Deliberante de Buenos Aires ese mismo año, lo que disminuyó la capacidad del partido para presionar en favor de los obreros municipales<sup>51</sup>.

El Partido Socialista tenía también otro tipo de problemas. Era una fuerza importante sólo en la Capital Federal y la nueva industrialización se estaba produciendo fuera de sus límites jurisdiccionales. Más aún: la relación del partido con el movimiento obrero siempre fue algo ambigua. En 1918, había adoptado una resolución que separaba al partido de compromisos directos con los gremios, al mismo tiempo que instaba a sus correligionarios a sindicalizarse. Había arreglos previos entre los socialistas dentro de los sindicatos, pero cuando se decía que un gremio era socialista sólo se quería significar que sus dirigentes eran miembros del partido<sup>52</sup>. Salvo una o dos excepciones, los dirigentes obreros socialistas nunca tuvieron puestos importantes dentro del partido<sup>53</sup>. La organización política estaba controlada por una camarilla de muy pocos hombres, provenientes en su mayor parte de las filas profesionales, que habían sido figuras claves durante muchos años. Un gremialista de mucho talento y ambicioso como Angel Borlenghi, secretario general de la Federación de Empleados de Comercio, nunca ocupó un cargo político<sup>54</sup>. El Partido Socialista y los sindicatos tuvieron cada vez más roces a medida que las organizaciones obreras aumentaban en poder y tamaño. Muchos dirigentes sindicales querían una injerencia directa de los gremios en política<sup>55</sup>.

<sup>51</sup> Con respecto a los problemas creados por la supresión del Concejo Deliberante y la habilitación con que se manejaron con el gobierno municipal, véase *La Vanguardia*, 2 de junio de 1943.

<sup>52</sup> Alfredo LOPEZ: *¿Qué pasa en la Confederación General del Trabajo?*, Buenos Aires, 1943, págs. 6-9; PARTIDO SOCIALISTA: *Anuario Socialista 1930*, pág. 53-54.

<sup>53</sup> Francisco Pérez Lezós era el dirigente obrero más prominente aceptado por el Partido Socialista. Era quien dirigía a la Unión Obreros Municipales y fue electo cuatro veces como diputado. Su gremio tenía un cariz particularmente político por el tipo de mano de obra gran parte de la cual había sido nombrada por "acomodo". La mayoría de los gremialistas políticos eran gráficos y trabajaban para el diario del partido. En las provincias, el papel político de los militantes obreros parece haber sido algo mayor.

<sup>54</sup> Una sola vez estuvo incluido Borlenghi en la lista electoral, lo suficientemente abajo como para que no ganara (*La Vanguardia*, 5 de enero de 1932). Su firma había aparecido en una solicitud que provocó una división en el partido. Según él mismo, no había dado su consentimiento. La gente también le desconfiaba porque era diferente: en su oficina tenía una alfombra. Juan Rodríguez, IDTPHO, págs. 34-35; Camilo Almarca, IDTPHO, págs. 41-42; Pedro Otero, IDTPHO, págs. 53-57.

<sup>55</sup> Algunos dirigentes socialistas y comunistas querían que los gremios se acercaran a los partidos existentes (HOROWITZ, op. cit., pág. 266). Por otra parte, parecía que los dirigentes que habían sido cuidadosos de no involucrar a la CGT en políticas partidarias, pueden haber tenido la idea de crear su propio partido (ODDONE, op. cit., pág. 517).